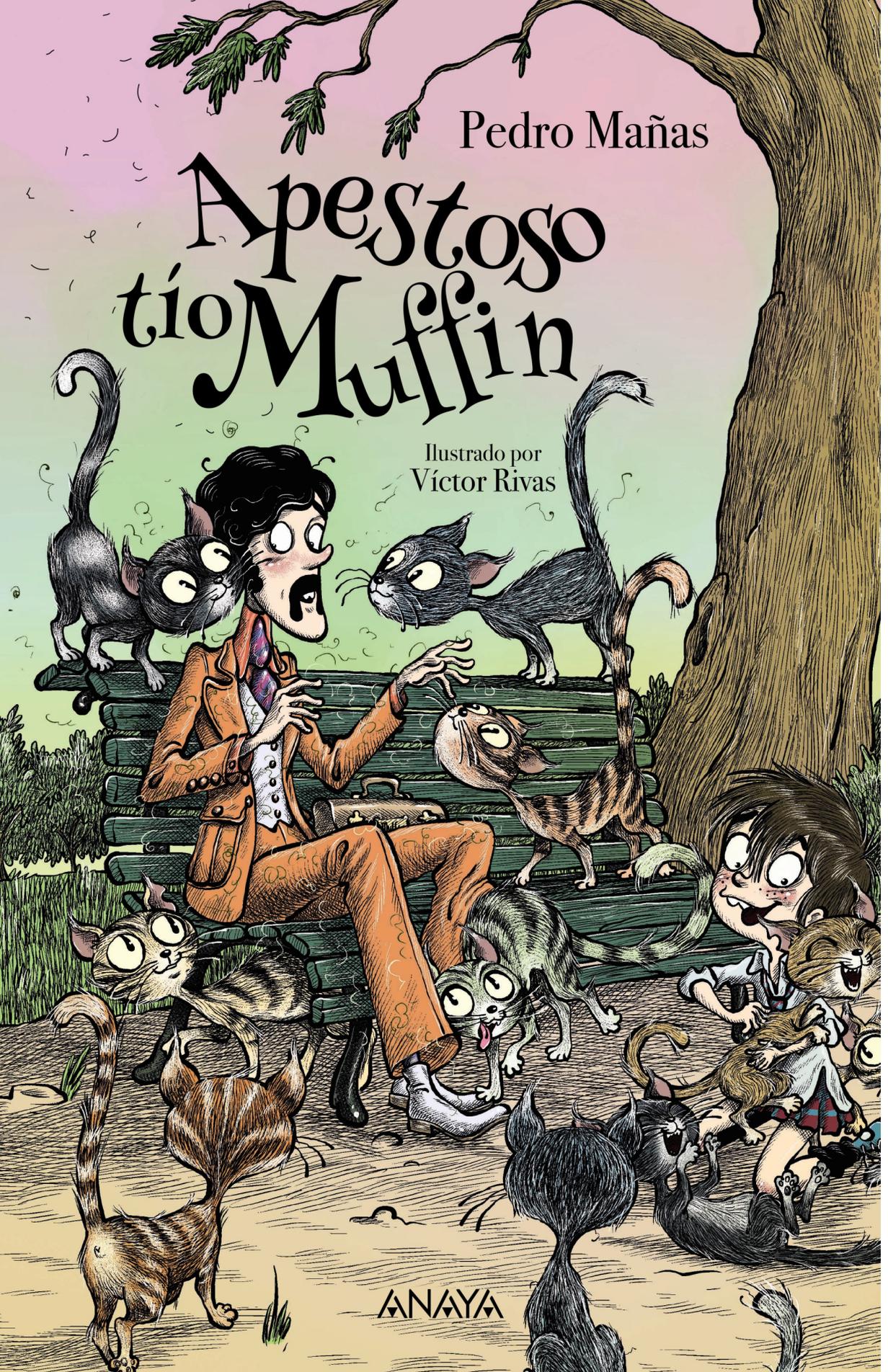


Pedro Mañas

Apestoso tío Muffin

Ilustrado por
V́ctor Rivas



ANAYA

Pedro Mañas

Apestoso tío Muffin

Ilustrado por
V́ctor Rivas



ANAYA

© Del texto: Pedro Mañas, 2018
© De las ilustraciones: Víctor Rivas, 2018
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2024
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

1.^a edición, octubre 2024

ISBN: 978-84-143-4073-8
Depósito legal: M-14637-2024
Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice

Prólogo	11
1. Un ombligo en el estofado	16
2. ¡Cuidadito!	21
3. Emma	29
4. El bañerófono	37
5. La primera batalla	45
6. Achís	55
7. Dos gotas de Frescor Azul	65
8. Limones salvajes	74
9. Aliadas	84
10. Caldo de pollo	94
11. La montaña rusa	105
12. Fiesta y centrifugado	112
13. Teteras salvajes	121

Para Acher, mi microbio favorito,
que espero que crezca libre de miedos.

Prólogo

CUANDO YO TENÍA tu edad, y vivía en una gran casa rodeado de personas mayores, me cansé de escuchar durante años las cosas horribles que les suceden a los niños que no son lo bastante aseados:

«Si no te lavas el pelo, criarás piojos».

«Si no te lavas los dientes, tendrás caries».

«Si no te lavas las manos, te saldrán lombrices».

«Si no te lavas el ombligo, se convertirá en un huevo de escarabajo».

Los piojos, las caries o las lombrices no me hacían ninguna gracia. Por eso, durante mucho tiempo, no dejé pasar un solo día sin enjabonarme el pelo, cepillarme los dientes y frotarme las manos antes de cada comida. En cambio, me hice la promesa de no lavarme jamás el ombligo. Aunque se volvió negro como una mora, nunca vi salir de allí a mi escarabajo. Quizá escapó a medianoche. Los escarabajos son estupendos.

Seguramente has escuchado a las personas mayores decir cosas parecidas. Seguramente hasta te las hayan

dicho a ti. A los adultos les encanta repetir las terribles consecuencias a las que se enfrentan los niños desobedientes. Se divierten como locos charlando de esos asuntos. Y mientras te hablan del monstruo que vive en tu armario o del hombre del saco con esa voz tan seria, por dentro se están muriendo de risa.

Sin embargo, hay cosas que los adultos se han callado. Cosas de la mayor gravedad que nos han sido ocultadas durante años. Estoy seguro, por ejemplo, de que nadie hasta ahora te ha mencionado las espantosas consecuencias que tiene el abusar demasiado de la limpieza. Te contaré un par de historias aterradoras.

En 1958, vivía en la ciudad de Boston un niño llamado Thomas Parkinson. Thomas presumía de tener las orejas más limpias de todo el estado de Massachusetts, y se las lavaba varias veces al día bajo un grifo de agua helada. Sus padres no cabían en sí de orgullo cuando veían las orejas de su Tom brillar camino del colegio.

Un día de primavera, Tom acudió al viejo barbero del barrio para que le cortase el pelo. Mientras el chico se concentraba en el *chak-chak* de las tijeras que sobrevolaban su cabeza, el anciano descubrió algo muy curioso:

—¿Pero qué demonios te has metido ahí, hijo?

Tom se miró en el espejo. Por cada una de sus relucientes orejas asomaba algo sumamente extraño: una diminuta y jugosa flor roja. A fuerza de riego y entusiasmo, en lo más profundo de sus oídos habían germinado dos pequeñas petunias que se abrían paso hacia arriba en

busca de luz. Afortunadamente, la cosa no tuvo mayor importancia, y antes de que la cabeza de Thomas se convirtiese en un elegante jarrón, las petunias fueron adecuadamente trasplantadas a una maceta. El caso es que Tom aún sigue cambiándose de acera cada vez que tiene que pasar frente a una floristería.

Heidi Schulz no tuvo tanta suerte. En 1971, Heidi podía presumir de tener la cabellera rubia más bonita de toda Baviera. «¡Queremos tu melena!», le gritaban sus amigas de la escuela como indios comanches. Pero Heidi pensaba que su pelo debía brillar aún más, así que se dedicó a husmear en un montón de revistas de belleza hasta que encontró una receta que parecía lo bastante disparatada como para funcionar. «Su cabello, más brillante y sedoso que nunca», aseguraba la revista. Siguiendo sus instrucciones, Heidi mezcló en un frasco el zumo de siete ortigas, medio litro de vinagre, dos aspirinas y un chorro de mostaza. Luego se empapó el pelo con la mezcla y se fue a acostar con la cabeza llena de preciosos sueños y grumos pringosos.

La receta funcionó a la perfección. Cuando Heidi se levantó a la mañana siguiente, su cabellera estaba más brillante y sedosa que nunca... desparramada a mechones sobre la almohada. Hoy en día, Heidi ya es una mujer mayor, pero sigue tan calva como un huevo duro.

Conozco un caso aún más terrible. Le ocurrió a mi anciana tía Flérída. Flérída era una mujer encantadora a la que le gustaba llamarme «sucio mocoso que huele a pies».

Lo cierto es que era muy aseada. Por más que se bañaba y se bañaba, nunca se encontraba lo suficientemente limpia. Sus baños duraban tres o cuatro horas, y siempre los hacía con agua mineral con gas. Ni siquiera le bastaba con las esponjas normales.

—¡Quiero la esponja más áspera que tengan! —gritó un día en la tienda del pueblo.

Le dieron la esponja de crin más tiesa y áspera que pudieron encontrar, un auténtico trozo de adoquín seco. Flérida se frotó con ella durante meses, sin darse cuenta de que, después de cada baño, su cuerpo se iba haciendo un poco más pequeño. Lentamente, la terrorífica esponja estaba carcomiendo su limpia y blanquísima piel.

—Te encuentro realmente en los huesos, tía Flérida.

—Tonterías. Es la limpieza, que me realza la figura.

La anciana fue haciéndose más y más pequeña hasta que una mañana, durante su baño diario, desapareció para siempre. Tal vez se desgastó por completo o tal vez el desagüe acabó por tragársela. El caso es que todo lo que encontramos de mi querida tía Flérida fue su gorro rosa de baño y la famosa esponja flotando sin rumbo en la bañera. Mentiría si dijese que me sentí horriblemente apenado.

Podría contarte muchas más cosas sobre los peligros de ser demasiado limpio, pero creo que con esto será suficiente. Apuesto a que, a partir de ahora, te lo pensarás dos veces antes de pasarte horas encerrado en el cuarto de baño. No es necesario que incubes un escarabajo en el ombligo... Pero ¡ten cuidado!

Si no lo haces, podría llegar a pasarte lo mismo que a Mr. Muffin. Su historia es una de las más extrañas que jamás escucharás. Es una historia repleta de experimentos peligrosos, gigantescas lavadoras, bañeras parlantes y gatos que cambian de color. Pero, sobre todo, de porquería. Te lo advierto. De mucha mucha mucha porquería.

Así que cuidado con mancharte.

1. Un ombligo en el estofado

POSIBLEMENTE HAS OÍDO cientos de veces que los imanes atraen el hierro, la miel atrae las moscas y los hechiceros atraen la lluvia disfrazados como fantoches.

Mr. Montgomery Muffin atraía la porquería.

No es broma. Mr. Muffin era algo así como un aspirador humano. Por donde quiera que pasase, la mugre salía disparada hacia él como si tuviera misteriosas propiedades magnéticas.

Tal vez estés pensando que Mr. Muffin era por ello el hombre más sucio del mundo. No. Claro que no. Absolutamente no. ¡No, no, no! Por extraño que pueda parecer, Mr. Muffin era en realidad la persona más limpia y aseada que he conocido jamás.

Hay gente que cuece huevos para el desayuno. Mr. Muffin era tan limpio que prefería cocerse a sí mismo. Cada mañana llenaba su anticuada bañera con litros y litros de agua hirviente y burbujeante y desayunaba allí dentro, mientras su ombligo iba reblandeciéndose lentamente



como un guisante en el estofado. El café y las tostadas navegaban a la deriva sobre una bandeja flotante.

A continuación, Mr. Muffin se cepillaba los dientes uno a uno, recortaba con esmero las uñas de sus pies, se cepillaba el bigote y, por último, sumergía la cabeza en un cubo de colonia con cuatro gotas de lejía.

Luego, se internaba en las calles inundadas de niebla, rumbo al trabajo.

Mr. Muffin trabajaba en un diminuto despacho, en la segunda planta de una gran fábrica a las afueras de la ciudad. Y te contaré una cosa curiosa: aquella enorme factoría de ladrillo rojo se dedicaba precisamente a la fabricación y venta de productos de limpieza. Es decir, que cada día, cientos de informes y balances sobre jabones perfumados para el cutis, lavavajillas concentrados y detergentes para manchas difíciles pasaban por las manos del único hombre del mundo capaz de atraer la porquería con solo mirarla.

Pero Mr. Muffin no perdía ni un solo minuto de su trabajo pensando en cosas curiosas. Cada mañana, a las nueve en punto, extendía los dedos sobre el teclado de su máquina de escribir y respiraba hondo. Uno hubiera jurado que estaba a punto de tocar la *Quinta Sinfonía* de Beethoven en su máquina oxidada.

Pero no. Las únicas notas que surgían de su máquina eran algo así como:

Chak-chak-chak-chak-chak-chak-chak-chak-chak-chak, ¡ñiiic!

Mr. Muffin lo ha probado todo para librarse del mal olor que le persigue, desde bañarse con agua hirviendo hasta sumergir la cabeza en un cubo de perfume. Sin embargo, el pobre parece atraer la porquería como un aspirador humano, así que lleva una vida solitaria llena de jabón y aburrimiento. O al menos así es hasta que un buen día se presenta en su puerta Emma, una niña misteriosa que asegura ser su sobrina y que pretende ayudarlo a librarse de su apestoso aroma... y de su miedo a vivir la vida.

